

no se trata sólo de quitar el remordimiento y los teólogos ortodoxos no ha gastado mucho esfuerzo en clasificar los pecados haciendo listas de ellos. El penitente cristiano no es más que un mendigo suplicando la salvación. Brilla el sacramento del perdón en su sencillez; y a la proclama del sacerdote de que “las cosas santas son sólo para los santos” el penitente responde con sencillez, humildad y sabia confianza, “¡Sólo Dios es santo!”. La teología del matrimonio recibe también un excelente tratamiento, como merece una visión del amor humano capaz de apropiarse los valores auténticos de la vida monástica, una expresión de la naturaleza verdaderamente humana (no sólo fisiológica) del amor humano. Los cristianos orientales se han ahorrado, como algo insulsa, la pregunta de si es más santo o cristiano el celibato (o virginidad) que el matrimonio. Los dos estados o caminos han sido instituidos por Dios, con el mismo y gran honor, y no hay más que hablar. Uno y otro son las cuestas que ascienden a la misma cima del Monte Tabor como pinta una larga tradición piadosa. Por otra parte, y en justa consecuencia, en la tradición conciliar tienen cánones antiquísimos, y según Evdokimov “innumerables”, que condenan a aquellos que consideran el matrimonio como incompatible con el sacerdocio. El sentido primordial o el fin más elevado del matrimonio en la tradición oriental es el amor conyugal, la plenitud de la unidad entre los esposos, un valor intrínseco y soberano que merece ser llamado *amor magnus*.

Evdokimov no era un optimista sentimental. Aunque católicos, protestantes y ortodoxos aseveren que la unidad es de la misma esencia de lo que significa ser Iglesia, las dificultades son enormes y a menudo parecen insuperables. “Tanto como el *misterio de la unión*, podemos hablar de un *misterio de la desunión* que debe ser trabajado primero” (p. 346). Sólo la auténtica práctica cristiana llevará a la unidad. “Ortodoxos, católicos y protestantes, viajando el camino de la santidad hasta el final que es Cristo, pueden llegar a ser iconos vivos unidos en la *iconostasis* del Templo de Dios, con sus puertas de realeza divina abriéndose al abismo del Padre” (p. 353).

Alvaro Silva

TIMOTHY JOHNSON, L. T., *Prophetic Jesus, Prophetic Church. The Challenge of Luke-Acts to Contemporary Christians* (William B. Eerdmans, Grand Rapids, MI 2011). viii + 198 pp. ISBN: 978-0-8028-0390-0

La imperiosa necesidad del espíritu profético en la Iglesia está en el centro de este nuevo libro de Luke Timothy Johnson que es, al mismo tiempo, una lectura de los dos tomos de Lucas, su evangelio y el libro de los Hechos de los Apóstoles. Este

último ha sido a veces denunciado por algunos como un “desastre teológico”, “triumfalista”, demasiado “católico” para el gusto protestante, o una narrativa en la que el espíritu evangélico acaba institucionalizada con los peligros que el proceso conlleva. No piensa así Johnson que defiende la necesidad de leer los dos textos como lo que fueron para Lucas, dos tomos de una misma obra. Para este conocido escritor, profesor en la Universidad de Emory, autor reciente de una obra extraordinaria sobre el mundo grecorromano que conoció el primer cristianismo (*Among the Gentiles: Greco-Roman Religion and Christianity*, publicado en 2009 por la Universidad de Yale) y autor de sendos comentarios a Lucas y a los Hechos, el retrato de la Iglesia que aparece en los Hechos es si cabe más radical que el del profeta Jesús del evangelio. La primera historia de la Iglesia, lejos de ser un volumen lleno de nostalgia sentimental e idealizada como la edad dorada de los primeros discípulos o la luna de miel del cristianismo, aparece aquí un llamamiento al ideal con que Jesucristo iluminó la humanidad.

Su argumento empieza con un elogio del evangelista por su talento como escritor, su sentido de estilo literario, su familiaridad con las convenciones grecorromanas de su tiempo, su buen quehacer en los discursos de los personajes (como cualquier historiador de la cultura helena) y aún con el suspense requerido de novelas y romances de la antigüedad clásica, mientras que otros pasajes que recuerdan las vidas de filósofos. Define el género como historiográfico, o mejor, una historiografía apologética del movimiento cristiano en sus primeros pasos. Johnson observa que en Lucas 1:4 el evangelista no usa la palabra *aletheia* sino *asphaleia* [ἀσφάλειαν], es decir, no está pensando tanto en una verdad abstracta o intelectual como en un vocablo que apunta más a cierta seguridad, firmeza, y confianza personal. La forma profética de los Hechos está en el cumplimiento de Torah en Jesús y en la Iglesia. Johnson estudia tal caracterización profética en el uso del título de “profeta”, y en particular de Jesús, en la imitación de algunos profetas bíblicos (Moisés, Elías y Eliseo) y en la caracterización literaria del libro. Al leer a Jesús a la luz de Moisés, por ejemplo, Lucas ofrece una fuerte dosis de seguridad y confianza a sus lectores y de tal modo lo hace que la misión a los gentiles no aparece como un reemplazo de Israel sino como su extensión hacia lo universal. La presencia del Espíritu Santo en los dos tomos de una misma obra manifiesta la importancia del carácter profético de Jesús y de la Iglesia. La Iglesia es eminentemente profética, y esa cualidad esencial es un desafío en cualquier momento y circunstancia de su historia. Lucas no está interesado, escribe Johnson, “en una visión romántica de los inicios del cristianismo sino en una visión utópica de las posibilidades cristianas” (p. 65). El libro de los Hechos no es nostalgia sino desafío porque reconocer a los profetas de cada época es una tarea siempre urgente en la Iglesia. Un Elías o el sacerdote Zacarías no presentan problemas en ese sentido, pero no hay que olvidar que Lucas presenta a una mujer, joven y humilde, María de Nazaret, en su calidad de profeta (Lc 1:46-55).

Johnson deduce, entre otras lecciones, que la teología no puede ser “sistemática” como si buscara la creación de un sistema perfecto, cerrado, en el que todo se deduce por completo y en lógica de unos primeros principios. La teología es inductiva más que sistemática y, al mismo tiempo y gracias a esa cualidad profética, revi-

sionista en dos maneras importantes que el mismo Lucas subraya con fuerza. Primero, por la experiencia actual de los cristianos (como en el caso de Zacarías y su conclusión en Lc 1:68-79), y luego, a través de nuevas lecturas de la Escritura (como en el extraordinario relato de los discípulos camino de Emaús; dejan la ciudad santa y sólo vuelven a ella gracias a una “nueva” lectura del desconocido que se ha acercado en el camino). En otras palabras, lejos de ser algo meramente académico o un saludable ejercicio intelectual, “la teología es una dimensión esencial de la vida dentro de la Iglesia” (p. 70). Lucas no parece interesado en los aspectos organizativos o institucionales sino en la respuesta de la Iglesia a la llamada de Dios; y contempla a la Iglesia como preparada para detectar al Espíritu en cualquier lugar y momento, abriendo así un nuevo horizonte a su misión esencial.

En el capítulo dedicado a la palabra profética, Johnson presenta con brío el “desafío a la Iglesia contemporánea”. A menudo en la historia del cristianismo, “el lenguaje sobre el reino de Dios ha servido como camuflaje para la tiranía humana” (p. 90); la idea del “reino” con facilidad se disminuye hacia una piedad privada, mero refugio personal, o hacia un estado confesional cristiano (cristiandad), pero para Lucas es tanto personal como político. Johnson se detiene en otras “palabras” que pierden con facilidad el lustre profético y precisamente por el enorme desafío al que invitan, como por ejemplo: *metanoia* (la conversión no es cosa de un momento o una recitación más o menos completa de una lista de pecados en dos o tres minutos), *bautismo* (hemos perdido el elemento de riesgo y peligro mortal que tuvo en la antigüedad); o un “perdón de los pecados” que reta a perdonar a otros y aún al enemigo en lugar de sólo una fácil absolución de los propios; y por último, todo lo que se refiere al poder y posesiones, porque Johnson anota que la conducta sexual humana aparece sólo en dos pasajes de Lucas. Se queja de que a menudo la codicia de muchas instituciones importantes y agentes poderosos del mundo financiero parecen a menudo poca cosa a los ojos de la jerarquía eclesiástica en comparación con los “pecados de la carne” que reciben siempre enorme atención. Para Johnson, no debería ser posible leer o predicar el libro de los Hechos sin notar cómo la primera Iglesia fue tan radical como Jesús: una Iglesia que reza en unidad, que se muestra desprendida de poder y de las posesiones, que es itinerante como el Maestro, y ante todo, una Iglesia en la que el liderazgo es entendido y ejercitado como servicio exclusivo a la comunidad, no de ambición o carrera eclesiástica.

Lucas construye su retrato de Jesús y de las primeras comunidades cristianas en base a lo que él entendió era el espíritu profético del mensaje de Jesús. La idealización es innegable, aislando o prestando menos atención a otros aspectos menos ejemplares como era de esperar. Al fin y al cabo, los fieles de la Iglesia son seres humanos llenos de limitación y debilidad. Por eso, Johnson habla de una “visión utópica para la Iglesia” en los Hechos (p. 123), al mismo tiempo que reconoce que no sería justo medir a la Iglesia con ese parámetro; pero no tenerlo presente siempre con la excusa lógica y perfecta de la fragilidad moral de los seres humanos tampoco sería ayuda a su misión. Al revés, contribuiría a no hacer nada y, en consecuencia, a desacreditar el mismo mensaje de la Iglesia. Para Lucas no se trata sólo del mensaje, es decir, de palabras, sino ante todo, de una conducta y estilo de vida, virtud y ejem-

plalidad. El evangelista no dice nada de la comunidad de los esenios con su obsesiva pureza ritual y una santidad alcanzada por separación del mundo y una reclusión total; pero sí conoce la secta de los fariseos. Como ambos grupos estaban en perfecta consonancia con la Torah y sus prescripciones de pureza y santidad, lo que Lucas subraya es que son Jesús y sus discípulos los que no están a menudo en consonancia con la ley y prácticas, y esa sola noción sigue siendo un desafío formidable para la conducta cristiana en cualquier época.

En particular Jesús actúa de manera profética en cuatro apartados: en la liberación de los cautivos (exorcismos y curaciones que son restauración de alguien a la comunidad); en la cura de enfermos (personas separadas por la enfermedad, incapacitadas para servir o separadas del culto religioso); en la buena nueva a los pobres (contra una cultura machista y sexista; en Lucas las mujeres, entonces “invisibles”, aparecen de manera sorpresiva e impresionante, como los niños y extranjeros); y en la llamada a los pecadores. En el centro de este mensaje y actividad profética está la Resurrección de Jesús y, por tanto, aunque es comprensible cierto énfasis (en homilías, conferencias, etc.) en el “Jesús de la historia” sin la Resurrección no habría evangelios ni mensaje evangélico. El evento pascual no es algo del pasado sino la presencia misteriosa de Jesús glorioso para siempre. Concluye Johnston: “Algo más que mera fidelidad doctrinal se requiere, sin embargo; la Iglesia debe preguntarse a sí misma acerca de la pasión y urgencia de su proclamación de la Resurrección como el corazón de la buena nueva. El grado en que la Resurrección se ha convertido en un día del calendario litúrgico, predicada sólo el domingo de Pascua, en lugar de ser la premisa y el tema de toda predicación, apunta al declive en la proclamación cristiana” (pp. 183-184). El sorprendente evento Pascual es precisamente la apertura a lo radicalmente inesperado o dado por imposible; y la vida de la Iglesia está muerta cuando se permite, por una causa u otra, alejarse de la Pascua.

Alvaro Silva

Libros recibidos

ALONSO GONZÁLEZ, A., *Bioética y teoría biológica (malentendidos en ética e ilustraciones de la biología)* (Editorial Rey Alí, Jaén 2013). 238 pp. ISBN: 978-84-940969-1-4

BASEVI, C., *Introducción a los escritos de San Pablo. Su vida y teología* (Ediciones Palabra, Madrid 2013). 400 pp. ISBN: 978-84-9840-790-7